

de su mujer, había querido casar á Hortensia de Beauharnais con Duroc, creyendo que una mutua inclinación ligaba á aquellos dos jóvenes corazones (1); pero este casamiento no se realizó por oponerse á él madama Bonaparte. Ésta, temerosa siempre de un divorcio después que vió desvanecida toda esperanza de tener sucesión, imaginó casar á su propia hija con uno de los hermanos de su esposo; lisonjeándose de que los hijos que nacieran de este enlace, unidos por un doble vínculo con el nuevo jefe de la Francia, podrían servirle de herederos. José Bonaparte estaba casado; Luciano hacía una vida un tanto irregular y se comportaba como enemigo de su cuñada (2); Jerónimo expiaba en los mares ciertos extravíos de juventud (3). Luis era el único que correspondía á las miras de madama Bonaparte, y de consiguiente recayó la elección en él. Era juicioso, instruído, pero indolente y de un carácter poco análogo al de la esposa que se le destinaba. Conocíalo el primer cónsul, opúsose al principio, luego cedió y consintió en un casamiento que no podía hacer la felicidad de aquellos esposos, pero que estuvo á punto de dar herederos al imperio del mundo.

Dió la bendición nupcial el cardenal Caprara, y fué en una casa particular según se verificaba entonces con todas las ceremonias del culto cuando los que oficiaban eran clérigos *no juramentados*. Recibiónla al mismo tiempo y con aquel motivo el general Murat y su mujer Carolina, que aún no habían recibido el sacramento, como otros muchos casados de aquel tiempo, cuyo enlace sólo se había contraído ante el magistrado civil. En igual caso se hallaban el general Bonaparte y Josefina, por lo cual instaba mucho ésta para que su marido accediese á robustecer con el vínculo religioso el contrato civil que los unía; pero fuese previsión, ó bien temor de declarar en público como incompleto su matrimonio con madama Bonaparte, no quiso consentir en ello el primer cónsul.

Tal era entonces la familia consular, después familia imperial. Aquellos personajes, todos notables por diversos títulos, felices con la gloria y la prosperidad del jefe que los protegía con su grandeza, sujetos á éste, y aún no maledados por la fortuna, presentaban un cuadro interesante que no afligía el corazón como aquella otra corte directorial cuyos honores había hecho un director Barras por espacio de muchos años. Y si había franceses envidiosos ó menospreciadores que á pesar de estarle muchas veces obligados la perseguían con sus sarcasmos, los extraños en cambio, más justos, le tributaban en homenaje su curiosidad y sus elogios.

Como ya en otra ocasión hemos manifestado, recibía el primer cónsul una vez cada diez días á los embajado-

(1) Mr. de Bourrienne era el que servía de medianero en la correspondencia amorosa de Duroc con Hortensia. (N. del T.)

(2) Luciano que, según su misma expresión usual, una vez pasado el Rubicón se proponía no volver ya atrás, se había declarado partidario ardiente de la monarquía hereditaria, y era el que más se afanaba en arraigar con la sucesión el poder de su hermano. Inducíale no poco á esto su amor á la marquesa de Santa-Croce y sus aristocráticas costumbres. De vuelta de su embajada de España se retiró á hacer vida de gran señor á su palacio de Plessis, donde entre banquetes y festines se hacía guerra á muerte á la esposa de César. (N. del T.)

(3) Jerónimo fué destinado desde su infancia á la marina; ya al salir del colegio de Juilly fué hecho teniente de navío, y á los 18 años mandaba la fragata *L'Épervier*. (N. del T.)

res y á los extranjeros que le presentaban los ministros de su nación. Recorría con su séquito de edecanes las largas filas de aquellas asambleas, siempre numerosas, y madama Bonaparte iba detrás de él acompañada de sus damas de honor. Seguía el mismo ceremonial que en las demás cortes, con la única diferencia de ser menor el acompañamiento de damas y de edecanes, pero con el incomparable brillo que sólo al general Bonaparte rodeaba. Convidaba á comer dos veces cada década á los personajes eminentes de Francia y de Europa, y daba una vez al mes en la galería de Diana un banquete, para el cual fueron invitadas á veces hasta cien personas. En estos días había reunión en las Tullerías por la noche, y eran admitidos á ella los empleados de más elevada categoría, los embajadores y las personas de la alta sociedad francesa, que se iban reconciliando con el gobierno. Acostumbrado á obrar por cálculo en las más pequeñas cosas, prescribía á su familia ciertos trajes para que se generalizase con la imitación; mandaba usar la casaca de seda para fomentar cuanto fuera posible las sederías de Lyon; amonestaba á su esposa á que llevase vestidos de linón para proteger las fábricas de San Quintín (4); él, por su parte, más sencillo que todos, llevaba siempre una modesta casaca de cazador de la guardia consular. Obligó á sus colegas á llevar la casaca bordada de cónsul, y á tener recepciones en su casa, reproduciendo, aunque con menos esplendor, las reuniones de las Tullerías.

El invierno de 1801 á 1802 (año X) fué de mucha brillantez por la satisfacción que reinaba en todas las clases, felices las unas porque volvían á Francia, las otras porque iban á disfrutar finalmente de una completa seguridad, y otras, en fin, porque entreveían con la paz marítima una perspectiva ilimitada de prosperidad comercial. Los extranjeros contribuyeron con su afluencia al lucimiento de las funciones de aquella estación. Entre los personajes presentes en París en aquella época hubo dos que llamaron la atención general: era el uno un inglés ilustre, el otro un emigrado, cuyo nombre había ocupado en otro tiempo las lenguas de la fama.

Era el inglés el ilustre Mr. Fox, el orador más elocuente de Inglaterra; el emigrado famoso era el antiguo ministro de Hacienda, Mr. de Calonne, cuyo ingenio activo y fecundo en expedientes supo ocultar por algún tiempo á la corte de Versalles el abismo á que caminaba á pasos gigantes. Mr. Fox mostraba la mayor impaciencia por ver al hombre hacia el cual, á pesar de su patriotismo británico, se sentía irresistiblemente inclinado. Fué á París inmediatamente después de firmarse

(4) He aquí una carta escrita desde San Quintín al cónsul Cambaceres.

*San Quintín, 21 pluvioso del año IX (10 de febrero de 1801).*

Las interesantes manufacturas de la ciudad de San Quintín y sus cercanías, en que trabajan setenta mil artesanos, y que producían á la Francia más de quince millones de francos en numerario, están hoy reducidas á una pérdida de cinco sextas partes. Mucho celebrarían aquí que nuestras señoras pusiesen en moda el linón sin dar á las muselinas una exclusiva preferencia. El pensamiento de reanimar una de nuestras manufacturas más preciosas y que sólo nosotros poseemos, puede realizarse muy bien haciendo el linón tela de moda. Por otra parte, ¿no ha estado ya este género bastante tiempo en desgracia? (N. del A.)

los preliminares de paz, y le presentó al primer cónsul el ministro de Inglaterra. Iba á ver la Francia y á ver su jefe, pero también á compulsar nuestros archivos diplomáticos, porque el grande orador whig ocupaba á la sazón sus ocios en escribir la historia de los dos últimos Estuardos. Dió órdenes el primer cónsul para que se le facilitaran todos los archivos, y le hizo un recibimiento que hubiera bastado por sí solo para granjearse el aprecio de un enemigo, y que sedujo completamente á un amigo que le había granjeado su sola gloria.

Prescindió el primer cónsul de toda etiqueta con este generoso extranjero, le concedió su intimidad, tuvo con él largas y frecuentes pláticas, cual si intentara granjearse en él la amistad de todo el pueblo inglés. Algunas veces, no obstante, fueron de diferente parecer. Fox poseía esa imaginación viva que hace seductores á los oradores, pero su talento no era ni positivo ni práctico. Estaba lleno de hermosas y nobles ilusiones que el primer cónsul, á pesar de tener tanta imaginación como sólido talento, jamás había alimentado ó al menos no alimentaba ya. El joven Bonaparte estaba desilusionado, como es natural estarlo después de una revolución que, comenzando en nombre de la humanidad, naufragó en un mar de sangre. Sólo había conservado una sola entre todas las primeras ilusiones de la revolución, que era la de la grandeza, y ésta llevábala al exceso. Para agradar al caudillo de los whigs era poco liberal, y para agradar á un inglés, demasiado ambicioso. Por esta razón estuvieron á veces en pugna las opiniones de ambos. Mister Fox llegó á hacer sonreír al primer cónsul por su candor é inexperiencia, hartos singulares en un hombre que contaba cerca de sesenta años. A veces llegó á alarmar éste el patriotismo británico de aquél con la magnitud de sus designios no asaz encubiertos; sin embargo, confrontaban muy bien ambos en talento y en corazón, y quedaron prendados el uno del otro. Puso el primer cónsul infinito esmero en que viese Mr. Fox todo París, y quiso á veces acompañarle por sí mismo á los establecimientos públicos.

Celebrábase á la sazón una exposición de productos de la industria francesa, que era la segunda después de la revolución. Todos estaban admirados de los progresos de nuestras manufacturas que, á pesar de participar en medio del general desconcierto de los trastornos que habían sufrido todas las cosas, se mostraban ahora enriquecidas con una multitud de mejoras y métodos nuevos. Asombraba esto mucho á los extranjeros, y especialmente á los ingleses, excelentes jueces en la materia. Condujo el primer cónsul á Mr. Fox á los salones de la exposición, dispuestos en el patio del Louvre, y gozó á veces con la sorpresa de su ilustre huésped. Mister Fox, entre los agasajos de que era objeto, tuvo una ocurrencia que hace honor á los sentimientos y al talento de este noble personaje y que prueba que el patriotismo más puntilloso no le impedía el ser justo con la Francia. Había en uno de los salones del Louvre un globo terrestre muy grande y hermoso, artísticamente construído y destinado al primer cónsul. Uno de los personajes que acompañaban á éste, haciendo girar el globo y poniendo su mano sobre la Inglaterra, cometió la torpeza de observar que la Gran Bretaña ocupaba muy poco espacio en el mapa del mundo. «Sí, exclamó Mr. Fox con vivacidad, en esa isla tan pequeña es don-

de nacen los ingleses, y también en ella misma quieren morir;» y abarcando con los brazos los dos Océanos y las dos Indias, añadió: «pero mientras viven llenan todo este globo, le ciñen con su poderío.» El primer cónsul celebró en gran manera esta contestación llena de oportunidad y de orgullo.

El personaje que más llamaba la atención pública después de Fox era Mr. de Calonne, para quien el mismo príncipe de Gales había solicitado el permiso de regresar á París. Mr. de Calonne usó desde su llegada



Luis Bonaparte

de un lenguaje enteramente inesperado que producía bastante sensación entre los realistas. Decía que no quería servir al nuevo gobierno. No podía hacerlo por haber servido á la casa de Borbón; pero debió decir la verdad á sus amigos. Nadie en Europa era capaz de hacer frente al primer cónsul: generales, ministros, reyes, todos eran sus inferiores: todos dependían de él. Los ingleses habían trocado en entusiasmo el rencor que le tenían, el mismo sentimiento predominaba en todas las clases de la población británica, y era extremo; como lo son en los ingleses todos los afectos. No había, pues, que contar con la Europa para derribar al general Bonaparte; tampoco era justo deshonrar la causa realista con odiosas tramas que llenaban de horror á los hombres probos del mundo entero. Era preciso someterse, confiar en el tiempo y en la doble dificultad de gobernar la Francia sin corona y de fundar un trono sin contar con la familia de Borbón. Sólo las infinitas vicisitudes de las revoluciones podían dar origen á probabilidades que ahora los príncipes desterrados no tenían en su favor; pero cualquiera que fuese el rumbo de los acontecimientos, había que esperar

todo de sola la Francia, de la Francia ilustrada y enmendada, pero nada de los extraños ni de las conspiraciones.

Este lenguaje, extraño por la mucha prudencia que en él resaltaba, producía verdadero asombro en boca de Mr. de Calonne, é inducía á creer que no se pasaría mucho tiempo sin que éste entrase en relaciones con el gobierno consular. Había visitado al cónsul Lebrún, el cual por consentimiento del primer cónsul recibía á los realistas, y había hablado con él un buen espacio de tiempo de los negocios de Francia; y aún se decía que se le destinaba á ocupar en la hacienda un puesto análogo al de Mr. de Talleyránd en la diplomacia, viniendo á ser, lo mismo que éste, un gran personaje que auxiliase al primer cónsul con su experiencia y el influjo de su nombre. No era esto cierto, sin embargo; no quería tanto éste la brillantez del ingenio como la aplicación, y además de no ser esta la cualidad sobresaliente en Mr. de Calonne, tenía ya todo lo que necesitaba en Mr. Gaudín que había introducido en nuestra Hacienda un orden excelente. Sin embargo, aquel mero rumor hizo que una nube de pretendientes, de los que acababan de regresar á Francia y querían vivir á costa del Estado por carecer de bienes de fortuna, rodeasen á Mr. de Calonne, creyendo que no podían elegir un medianero más á propósito para con el nuevo gobierno ni que mejor justificase con su ejemplo su adhesión al primer cónsul (1).

(1) Había en París agentes de los príncipes destronados, algunos de ellos hombres de talento, y no mal informados en algunas ocasiones. Formaban estos agentes casi diariamente sus informes de lo que ya anteriormente hemos hablado. He aquí un extracto de estos informes relativamente á Mr. de Calonne.

«Mr. de Calonne está de vuelta en París desde hace un mes poco más ó menos. Antes de dejar la Inglaterra ha tenido una conferencia con los ministros, y ha sido perfectamente recibido. Se le ha preguntado si al regresar á Francia no se proponía también volver á entrar en la administración; á lo cual ha contestado que sus principios, su conducta durante la revolución y su fidelidad á la familia real le imponían el deber de no aceptar cargo ninguno de manos del nuevo gobierno; pero que amante de la Francia por elección y por instinto, no se negaría á dar consejos si se le pedían y si los juzgaba ventajosos á la patria.

«Su llegada á París ha producido gran sensación. Todo el día está asediado de visitas y rodeado de protegidos como en la época de su mayor crédito y fortuna. El rumor de que se le va á hacer ministro hace que acudan á él nubes de pretendientes, y para libertarse de ellos ha tenido que retirarse al campo. Sin embargo, no parece fundado este rumor, y si llega á realizarse no será por ahora. Todo lo que se sabe es que hace algunos días debió ser presentado á Bonaparte y tener con él una conferencia secreta.

«Ve á todos sus antiguos amigos y se franquea á ellos con completa libertad. Testigo de la debilidad y de la nulidad de las potencias extranjeras, no cree que puedan prestar éstas la menor garantía contra la invasión revolucionaria y menos aún una protección eficaz á la causa del rey. Repite lo que sabíamos hace ya mucho tiempo, que los hombres que gobiernan en Europa carecen de medios y de carácter, no conocen el tiempo en que viven, ni saben juzgar de lo presente ni presagiar el porvenir, y están igualmente faltos de valor para emprender y de firmeza para perseverar. Considéralos á todos como esclavizados á Bonaparte, temblando en su presencia y dispuestos á ejecutar humildemente todos sus caprichos. Está persuadido de que sólo en Francia puede trabajarse con fruto en la restauración de la monarquía, no dando la cara y fomentando tramas necias y ridículas, más eficaces para deshorrar la causa que para disponerle verdaderos triunfos, sino ocupándose sin hacer ruido en establecer la opinión, destruyendo las prevenciones, en acallar los temores, en reunir á todos los servidores fieles del rey y en disponerles á aprovechar en favor suyo

¿Quién creería que en presencia de tanto bien realizado ya, ó próximo á realizarse, pudiera formarse una oposición, y sobre todo una oposición enérgica y violenta? Sin embargo, así iba á suceder, y la oposición que se tramaba tenía por objeto las obras más grandiosas y meritorias del primer cónsul. No se disponía esta oposición entre los partidos violentos, realistas ó revolucionarios, radicalmente opuestos al gobierno del primer cónsul, sino que tal oposición tenía lugar en el mismo partido que había coadyuvado á la derrota del Directorio como insuficiente, y que había deseado y dispuesto los cimientos de un nuevo gobierno que fuera á un mismo tiempo enérgico é ilustrado.

Los revolucionarios subalternos, hombres avezados al desorden y á la sangre, estaban reprimidos, sometidos los unos y desterrados los otros, y cada día se hundían más en su obscuridad para no volver á salir de ella. Los malvados del partido realista, después del suceso de la máquina infernal, permanecían tranquilos mientras recobraban nuevos alientos. Habíase además pasado por las armas á muchos de los que infestaban los caminos públicos. Los realistas de elevada categoría, al paso que no cesaban de repetir sus impertinentes murmuraciones en las tertulias de París, empezaban á manifestar la inclinación que los llevó más adelante á hacer en el palacio de las Tullerías, que no habitaban ya los Borbones, ellos el papel de gentileshombres y ellas el de damas de honor.

Pero el partido revolucionario moderado, llamado á componer el nuevo gobierno, estaba dividido, como le sucede á todo partido victorioso que quiere mandar y se fracciona, sobre el modo de constituirse. Desde los primeros días del consulado, este partido, que había contribuído por diversos medios al cambio del 18 brumario, se manifestó dividido en dos tendencias opuestas, de las cuales, una consistía en conducir la revolución á una república democrática moderada, como la que Washington acababa de establecer en América, y la otra en que viniese á parar en una monarquía más ó menos semejante á la monarquía inglesa, y aun si fuera necesario á la antigua monarquía francesa, sin las preocupaciones de los pasados tiempos, sin régimen feudal, pero con la grandeza y gloria que aquélla no tenía. El gobierno consular iba á empezar el tercer año de existencia, y como suele acontecer, aquellas dos tendencias se iban exagerando por la misma contradicción. Los unos se iban volviendo casi revolucionarios violentos

todos los acontecimientos que debe producir el curso natural de las cosas.

«Mr. de Calonne asegura que en Inglaterra el entusiasmo por Bonaparte es, no solamente general, sino llevado á un exceso de que es difícil formarse una idea. La corte y la ciudad, la capital y las provincias, todas las clases de ciudadanos en fin, desde los ministros hasta los simples artesanos, rivalizan en publicar sus alabanzas y cuentan á porfía sus victorias y la grandeza de su poder. Este entusiasmo no es sólo peculiar de la Inglaterra; la Europa entera está, por decirlo así, infestada de lo mismo. De todas partes acuden á París para ver al grande hombre siquiera una vez en la vida, y la policía se ha visto precisada á amenazar con el arresto á muchos daneses que siempre que le veían en público doblaban ante él la rodilla.

«Esta es una de las principales causas de su fuerza y de su inmenso poder. ¿Cómo es posible que los franceses se declaren enemigos suyos mientras vean prosternadas á sus plantas todas las potencias europeas?» (N. del A.)

al ver lo que se hacía, al ver que la autoridad del primer cónsul aumentaba, que las ideas monárquicas se difundían, que se formaba en las Tullerías una corte, que el culto católico estaba restablecido ó próximo á restablecerse y que los emigrados volvían como en tropel. Los otros se trocaban casi en realistas como los antiguos; tal era su premura por verificar la reacción y por reconstruir una monarquía, tan dispuestos estaban aun á admitir un despotismo ilustrado como único fruto de la revolución. Y en materia de despotismo ilustrado, el que á la sazón iba predominando en Francia tenía tanto mérito y proporcionaba una tranquilidad tan grata, que su seducción era poderosa; no obstante, era tal la oposición entre uno y otro partido y tanto se iban enconando los ánimos, que ya parecía inevitable una próxima crisis.

El tribunalado, en cuyo seno no habían faltado turbulencias en las sesiones precedentes, así por causa de las leyes de hacienda como por la creación de los tribunales especiales, se presentaba mucho más tormentoso ahora al ver todo lo que estaba pasando y al aspecto de un gobierno que tan resueltamente caminaba hacia su objeto. Indignábase sobre todo el Concordato, como el acto más contrarrevolucionario que hubiera podido imaginarse. El Código civil en su opinión no se ajustaba suficientemente á la igualdad. Esos mismos tratados de paz que tanto habían contribuído al engrandecimiento de la Francia, le disgustaban por su redacción, como veremos en breve.

Mr. Sieyes, al pretender evitar toda agitación por medio de sus precauciones constitucionales, vemos que no había evitado ninguna; porque ni las constituciones crean las pasiones humanas ni son bastantes á destruirlas; son meramente la escena en que estas pasiones figuran. Al poner toda la parte seria, toda la actividad de los negocios en el Consejo de Estado; la palabra, la disputa, el movimiento y la vana crítica en el tribunalado; al reducir á éste al papel de abogar por los actos del gobierno ó de inculparlos ante un cuerpo legislativo reducido á contestar con el sí ó con el no; al colocar en un puesto preferente un senado ocioso que á grandes intervalos elegía las personas encargadas de desempeñar esos dos papeles asaz inútiles en las dos asambleas legislativas; al elegir el personal del gobierno en el mismo sentido; al destinar á los hombres aptos para las negociaciones al Consejo de Estado, á los hombres dotados de la facultad de producirse y propensos á la bulla al tribunalado, los cansados y obscurecidos al cuerpo legislativo, y los cansados de elevada categoría al senado, no había podido Sieyes impedir en lo más mínimo que se agitasen las pasiones de la época, y aun es fuerza reconocer que las agravó introduciendo el espíritu de corporación en cierto modo envidioso y exclusivo. El tribunalado conocía la vanidad declamatoria del papel que representaba; el cuerpo legislativo comprendía lo ridículo de su silencio, y abrigaba por otra parte en su seno á muchos antiguos clérigos que habían dejado las órdenes, organizados por el cura Gremio en una oposición muda, pero embarazosa. Ni el mismo senado, que Sieyes quería ver reducido á anciano opulento y pacífico, era tan calmoso como en un principio se le había supuesto. Este cuerpo estaba un tanto fastidiado de su ociosa dignidad, por cuanto los senadores

estaban privados de ejercer cargos públicos, y su poder electoral raras veces ejercido estaba muy lejos de llenar sus largas holganzas. Todos tenían celos del Consejo de Estado, que era el único que compartía con el primer cónsul la gloria de las cosas grandes que cada día se verificaban.

De este modo aquella sociedad, que Mr. Sieyes creyó adormecer en una especie de régimen aristocrático al estilo de Venecia ó de Génova, se agitaba todavía como el doliente que aún tiene restos de fiebre; y si podía refrenarse y someterse á un dueño, no podía dormir en tranquilo sueño, según había imaginado su autor.

Lo extraño es que Mr. Sieyes, inventor de todos esos arreglos constitucionales en virtud de los cuales por una parte reinaba tanta actividad y por otra tan poca, llegara á cansarse de su propia inacción. Como moderado, y aun monárquico en sus opiniones, hubiera debido aprobar los actos del primer cónsul; pero ciertas causas, unas inevitables y otras accidentales, empezaban á indisponerlos mutuamente. Aquella mente vastamente especulativa, reducida á contemplarlo todo y á no hacer nada, no podía menos de envidiar al genio activo y poderoso que iba apoderándose poco á poco de la Francia y del mundo entero. Sieyes veía ya en las más grandes obras del general Bonaparte el germen de sus futuros yerros, y si aún no lo manifestaba explícitamente, lo daba á entender á veces con su silencio ó con algún rasgo de su lenguaje, tan profundo como su pensamiento. Quizás hubiera podido granjearse el primer cónsul con miramientos y contemplaciones continuas; pero éste por desgracia le juzgaba ya más que suficientemente pagado con la tierra de Crosne que se le dió, y por otra parte, absorbido en sus inmensas tareas, había olvidado demasiado al hombre superior que con tanta nobleza le cedió el primer lugar el día 18 de brumario. Mr. Sieyes, ocioso, celoso y mortificado, encontraba siempre algo que criticar entre las muchas mejoras presentes, y se mostraba moroso y fríamente censurador. El primer cónsul no era bastante dueño de su genial para dejar siempre sin razón á sus adversarios. Hablaba militarmente de la metafísica de Sieyes y de su impotente ambición, y pronunciaba con este motivo mil dichos que inmediatamente repetían y envenenaban los malévolos. Rodeaban á Sieyes algunos amigos, tales como Mr. de Tracy, talento distinguido, pero incrédulo, filósofo original de una escuela que lo era muy poco, carácter respetable; Mr. Cabanis, consagrado al estudio del hombre material, que nada veía fuera de los límites de la materia; y Mr. de Lanjuinais, devoto sincero, pródigo con vehemencia, el cual había defendido noblemente á los girondinos, y aun ahora se enardecía fácilmente á la sola idea de combatir al nuevo César. Seguían éstos á Mr. Sieyes, y formaban en el senado una oposición ya notable. El Concordato era á sus ojos, como á los de otros muchos, la prueba más elocuente de una contrarrevolución cercana.

El primer cónsul, viendo que la Francia y la Europa entera celebraban sus obras, apenas comprendía cómo los pocos que las desaprobaban podían ser precisamente los que andaban á su alrededor. En su despecho contra aquella oposición, motejaba á sus enemigos del senado de ideólogos de reata, engañados por un viejo hociudo que echaba de menos el ejercicio del poder

de que era incapaz; á los del tribunado los llamaba revoltosos, añadiendo que él sabría ponerles la mordaza y probar que no se le imponía haciendo ruido, y tachaba á los descontentos más ó menos numerosos del cuerpo legislativo de curas desenfrailados y de janseñistas que el abate Gregoire, de acuerdo con el abate Sieyes, trataba de organizar en cuerpo de oposición contra el gobierno; pero aseguraba que él sabría dominar á todos aquellos rebeldes, y que no le impedirían fácilmente llevar á cabo el bien que se proponía.

Como poco acostumbrado á las asambleas, ignoraba el arte de contemplar y granjearse á los hombres que el mismo César, á pesar de su inmenso poder, no descuidaba y que tan bien aprendió en el senado de Roma. El primer cónsul manifestaba su disgusto en público, resueltamente, con toda la persuasión de su poderío y de su gloria, y no daba oídos al juicioso Cambaceres que, como muy experimentado en el trato de las asambleas, le aconsejaba en vano el comedimiento y la reserva. «Es preciso, respondía el primer cónsul, probar á esas gentes que no se las teme, porque sólo se les puede infundir temor manifestándoles que uno no le tiene.» Vemos, pues, que empezaban á despuntar en él hábitos é ideas de la monarquía pura, á medida que se acercaba el momento en que ésta iba á ser inevitable.

La oposición no se marcaba solamente en los cuerpos del Estado, sino también en el ejército. La masa general de éste, como la de la nación, sensible á los grandes resultados obtenidos en los dos últimos años, era enteramente adicta al primer cónsul; no obstante había entre sus jefes varios descontentos, sinceros los unos y por mera envidia los otros. Eran los primeros los revolucionarios de buena fe, que veían con disgusto el regreso de los emigrados y la obligación ya cercana de ir á lucir sus uniformes á los templos. Los descontentos por envidia eran los que veían con pesadumbre que un igual suyo, que primeramente los sobrepujó en gloria, estaba en víspera de llegar á ser dueño (1). Aquellos pertenecían casi todos al ejército de Italia, que se mostró siempre revolucionario; éstos al ejército del Rhin, calmoso, moderado, pero un tanto envidioso.

Los jefes del ejército de Italia, fieles por lo general al primer cónsul, pero exaltados en sus sentimientos, odiaban á los clérigos y á los emigrados, se quejaban de que se les obligara á ser devotos y lo manifestaban en el lenguaje original y picante del soldado (2). Augereau y Lannes, malos políticos, pero guerreros heroicos,

(1) Muchos eran entre los descontentos los generales notables: Brune, Massena, Lannes, Augereau, Jourdan, Víctor, Oudinot, Macdonald, Bernadotte, Soult, Gouvion Saint-Cyr, Dessoles, Lecourbe; pero de los que más se distinguían por su ardiente republicanismo eran tal vez los principales los jefes del escuadrón Donadieu y Fournier. Cuéntase que el primero arrojó una vez al suelo en la Malmaison la espada del primer cónsul, que éste le había entregado para bailar la Monaco, su danza favorita.

(N. del T.)

(2) Era tal la oposición de aquellos agnerridos soldados á las prácticas del culto, que á veces hasta fué preciso recurrir á la violencia para hacerles oír misa y doblar la rodilla ante los altares del catolicismo. Refiérese que al concluir la festividad con que se celebró en Nuestra Señora el Concordato, dijo el general Delmás á Bonaparte: «Ahora sí que nos ha hecho usted á todos capuchinos; sólo falta que nos mande usted llevar rosarios á guisa de dragones.» Augereau le dijo: «Sólo han faltado en la ceremonia un millón de hombres que se dejaron degollar por destruir lo que nosotros restablecemos ahora.»

(N. del T.)

y especialmente el segundo, que era un militar completo, se propasaban á los dichos más atrevidos. Lannes, que había llegado á ser comandante en jefe de la guardia consular, administraba su caja con una prodigalidad sabida y autorizada por el primer cónsul. Tenía el estado mayor de dicha guardia una casa suntuosamente mantenida, donde Lannes recibía á mesa puesta á todos sus compañeros, y en cuyos festines militares prodigaba toda clase de invectivas contra la marcha del gobierno. Bien sabía el primer cónsul que no tenía que temer por eso que le faltase la fidelidad de aquellos ociosos soldados, y que á la primera ocasión se pondrían todos otra vez de su parte, y Lannes más que otro alguno; pero era peligroso autorizar por más tiempo el desenfreno de aquellas cabezas y de aquellas lenguas, é hizo llamar á Lannes á su presencia. Éste, acostumbrado á tratar con gran familiaridad á su general en jefe, se propasó á ciertas humoradas que el primer cónsul supo contener al punto con su tranquila superioridad; retiróse disgustado de su comportamiento y pesareso del descontento en que había incurrido. Quiso en un acceso de honrosa delicadeza pagar los gastos que había hecho á costa de la caja de la guardia con consentimiento del primer cónsul; pero á pesar de haber hecho tanto tiempo la guerra en Italia, su caudal era muy mezquino. Augereau, tan inconsiderado como él, pero sano de corazón, le prestó una suma que componía todo su haber, y le dijo: «Toma ese dinero, vé á ese ingrato por el cual hemos derramado nuestra sangre, devuélvele lo que le hemos tomado de la caja, y no tengamos nada que agradecerle en lo sucesivo unos ni otros.» El primer cónsul no permitió que sus antiguos compañeros de armas, héroes y niños á un tiempo mismo, rompiesen los afectuosos vínculos que á él los unía. Se contentó con separarlos, y destinó á Lannes á una buena embajada, que fué la de Portugal. El cónsul Cambaceres fué el encargado de esta reconciliación (3). A Augereau se le dió orden de ser en lo sucesivo más circunspecto y de regresar á su ejército.

Estas escenas, exageradas por la malevolencia que las propagaba abultándolas, producían en la opinión pública y sobre todo en las provincias un efecto harto enojoso, no porque aumentasen con aquellos relatos los censuradores del primer cónsul, á quien todos por lo general estaban dispuestos á dar la razón contra sus opositores, sino porque sembraban la inquietud y la zozobra, y hacían temer graves entorpecimientos para el poder, cuyo arraigo se deseaba con ansia (4).

(3) Esta conciliación hizo en París mucho ruido bajo el nombre de *pas de Montmartre*. Con este motivo madama Bonaparte hizo un regalo de 60.000 francos; y para que Lannes pudiera más fácilmente pagar á Augereau la suma que éste le había prestado, se le autorizó á usar de una manera ilimitada de sus franquicias de embajador para importar y exponer toda clase de géneros. Jacióbase este insaciable malgastador de que iba á hacer una campaña á Portugal para poder alternar con el hijo predilecto de la victoria.

(N. del T.)

(4) He aquí un trozo de una carta de Mr. de Talleyrand, el cual se trasladó á Lyon poco tiempo después para organizar la Consulta italiana:

«Lyon, 7 nivoso del año X (28 de diciembre de 1801).

»General:

»Tengo el honor de informar á usted de mi llegada á Lyon hoy á la una y media de la mañana. El camino de Borgoña no es muy

Las escenas que ocurrían con los oficiales del ejército de Italia podían considerarse como desavenencias de amigos indispuestos hoy para abrazarse mañana (1); no así las desavenencias que acaecían con los generales del ejército del Rhin, mucho más trascendentales por ser éstos menos entusiastas y más rencorosos. Desgraciadamente empezaba á declararse una funesta escisión entre el general en jefe del ejército de Italia y el general en jefe del ejército del Rhin, entre Bonaparte y Moreau.

Moreau desde la campaña de Austria, cuyo triunfo debía, en parte al menos, al primer cónsul, que puso á sus órdenes el más soberbio ejército de la Francia, gozaba el concepto de segundo general de la república. Nadie en el fondo se engañaba sobre su mérito real y positivo; sabíase que era enteramente falto de genio político; pero para hacer de él un capitán superior capaz de rivalizar con el vencedor de Italia y del Egipto, se hacían valer sus cualidades de juicioso, prudente y enérgico, que positivamente tenía. Los partidos poseen un instinto maravilloso para descubrir las debilidades de los hombres eminentes. Lisonjéjanlos ó los ofenden alternativamente, hasta que encuentran paso para penetrar en su corazón é introducir en él su ponzoña. El flaco que en él encontraron fué una vanidad desmedida; inspiráronle contra el primer cónsul, adulándole, una envidia fatal que no podía menos de causar algún día su pérdida. Para colmo de desgracia, acababa Moreau de contraer un enlace que contribuyó mucho á precipitarle en aquel funesto camino. Las hembras de las dos familias, de Bonaparte y de Moreau, estaban en pugna por una de esas pequeñeces que suelen indisponer entre sí á las mujeres (2). Las de la familia de Moreau ponían empeño en persuadirle que debía ser el primero, y no el segundo; que el general Bonaparte le miraba

malo, exceptuando unas seis ú ocho leguas, y los prefectos establecidos en esta línea de comunicación han aprovechado el entusiasmo que ha causado la esperanza de su viaje de usted para hacer que continúen con actividad las obras de recomposición de los caminos. En todos los lugares y aldeas que he atravesado he oído vivas á Bonaparte. Durante las diez últimas leguas que he andado de noche, todos acudían con luces á mi carruaje para repetirme las mismas palabras. Esta aclamación está uno constantemente destinado á oírlo.

»Ha cundido el suceso del general Lannes, y da mucho que hablar: el subprefecto de Autún y un ciudadano de Avallón me lo refirieron, pero con circunstancias diversas que unas cartas de París les habían contado como anécdotas. He tenido ocasión de notar nuevamente hasta qué punto ocupa la atención pública todo lo que tiene relación con su persona de usted, difundiendo inmediatamente por toda la Francia.»

(N. del A.)

(1) Sin embargo, con algunos de ellos tenían un carácter más grave, y Bonaparte trataba de aplacarlos confiándoles lejos de su persona misiones lucrativas. Así como alejó á Lannes, trató de alejar á Bernadotte, á Augereau y á Massena. Varias veces ofreció á este último la embajada de Constantinopla, que no quiso admitir. Corría entonces la voz de que estos generales se habían comprometido entre sí á no aceptar destino alguno de Bonaparte, y que esta era la causa de las repetidas renunciaciones de Massena.

(N. del T.)

(2) Se había casado Moreau con mademoiselle Hulot, que era rica, joven y bella, y muy agasajada en todas las sociedades de París. Natural era que por sus dotes personales y por los continuos obsequios de que la hacían objeto su posición y su fortuna excitase cierta envidia entre las otras damas que rodeaban á Josefina; y tal vez no fué extraña á este mezquino sentimiento la misma esposa de Bonaparte. Lo cierto es que madama Moreau se presentaba raras veces en las Tullerías.

(N. del T.)

con malos ojos, y trataba de humillarle confiándole un papel secundario. Moreau, que carecía de carácter, cometió la debilidad de dar oídos á aquellas peligrosas sugerencias. El primer cónsul, sin embargo, no le había ofendido con la menor sinrazón; hábiale por el contrario colmado de distinciones de todo género, y aun le elogió con estudio más de lo que realmente merecía, sobre todo al hablar de la batalla de Hohenlinden, que públicamente proclamaba como un prodigio de arte militar, mientras en su interior la consideraba más bien como un azar afortunado que como una combinación sabia y profunda. Siempre, finalmente, le había tratado con escrupuloso miramiento, conociendo su debilidad y el partido que se podría sacar del menor descuido con él. Pero desde que Moreau cometió las primeras sinrazones, lejos de quedar atrás le igualó con la prontitud peculiar de su carácter. En una ocasión ofreció á Moreau que le acompañase á una revista: éste se negó á ello secamente para no verse confundido entre el estado mayor del primer cónsul, y alegó por pretexto que no tenía caballo. El primer cónsul, ofendido de su negativa, le tornó en breve el recambio. Todos los funcionarios superiores fueron invitados á una comida en las Tullerías con motivo de uno de los grandes festejos que era frecuente celebrar; Moreau se hallaba en el campo (3), pero vuelto la víspera para un asunto, fué á ver al cónsul Cambaceres para hablarle del objeto que le traía á la ciudad. Éste, sin cesar atento á conciliar los ánimos, recibió á Moreau lo mejor que pudo. Sorprendido de verlo en París, se lo participó al momento al primer cónsul, amonestándole eficazmente á que convidase al general en jefe del ejército del Rhin para la gran comida del siguiente día. «Me ha hecho un desaire en público, respondió el primer cónsul, y no quiero exponerme á recibir el segundo.» Fué inflexible, y al día siguiente, mientras que todos los generales y funcionarios superiores de la república estaban reunidos en las Tullerías alrededor de la mesa del primer cónsul, se vengó Moreau de aquella desatención yendo públicamente á comer á una de las fondas más frecuentadas de la capital, en traje de paisano y con una turba de oficiales descontentos. Este hecho fué muy notado y produjo un efecto verdaderamente doloroso.

Desde aquel día, esto es, desde el otoño de 1801 se mostraron los generales Bonaparte y Moreau una tibieza extremada. Supiéronlo todos en breve, y los partidos encontrados se apresuraron á aprovecharse de esta circunstancia. Dieron en exaltar al general Moreau á costa del general Bonaparte, y procuraron infundir en aquellos dos corazones la ponzoña del rencor. Estos pormenores parecerán tal vez ajenos de la dignidad de la historia; pero si bien se observa, todo lo que da á conocer á los hombres y las mismas deplorables mezquindades de los más grandes son de su dominio, porque todo lo que puede instruir le pertenece. Nunca está por demás advertir á los personajes eminentes de la futilidad de las causas que con tanta frecuencia los indisponen, y

(3) Moreau vivía en su magnífica quinta de Grosbois rodeado de sus admiradores. Cuéntase que daba á éstos suntuosas comidas, en una de las cuales, ridiculizando la institución de Bonaparte de *las armas de honor*, dijo que iba á adjudicar á su cocinero una *caerola de honor* por lo bien que había aderezado cierto guiso.

(N. del T.)